

LA NOVELA



METRO-GOLDWYN

CORPORATION

Los Cómicos
que pasan

Jack Pickford



25
CTS

TAYLOR, Sam

La Novela Metro-Goldwyn

Publicación semanal de argumentos
de películas de

Núm.

11

METRO-GOLDWYN-MAYER

:: y FIRST NATIONAL ::

25

Cént.

Ediciones BISTAGNE. - Vía Layetana, 12. - Barcelona



Los Cómicos que Pasan

(EXIL SMILING, 1927)

Sentimental asunto, interpretado por

BEATRICE LILLIE
y JACK PICKFORD



Producción METRO-GOLDWYN-MAYER

DISTRIBUIDA POR

Metro-Goldwyn Corporation

Mallorca 220 — BARCELONA

J. Horta, impresor. - Cortes, 719, Barcelona

Los Cómicos que pasan

Argumento de la película



En un teatro de pueblo iba a debutar una compañía dramática. En todas las calles habían aparecido sugestivos pasquines que decían:

*La Compañía Orlando Wainright
en*

"Mujeres Irresistibles"

*Drama Emocionante de Amor y de Odio
Esta noche solamente en el Teatro Principal
de Tusdale*

Y el pueblo entero se había congregado aquella noche en el sencillo teatro de la localidad.

La función estaba anunciada para las nueve, y eran las nueve y media y aun no se había alzado el telón... Esta tardanza impacientaba al "respetable" traduciendo su disgusto con fuertes silbidos y rumores.

El administrador quería comenzar cuanto antes.

—¡No se meta en camisas de once varas! — le dijo Wainright—. La primera actriz no ha aparecido todavía.

—Si no empezamos se armará un conflicto... ¡A

mí esta tensión de nervios acabará por matarme con toda seguridad!

Los cómicos censuraban el retraso de la primera actriz... ¿Qué hacía aquella loca mujer? Probablemente estaría bebiendo en algún bar, con algunos amigos de juerga...

El primer galán se paseaba impaciente... Iba ya caracterizado para la representación y le extrañaba la ausencia de la actriz. ¿Es que no podrían hacer el drama?

Una muchacha llamada Violeta se acercó al galán. Era una meritaria de la compañía, una semejanza embrionaria de La Duse. A veces la confiaban ciertos papeles importantes, como el de estatua en Don Juan Tenorio...

—¿Cree usted — dijo — que el señor Wainright me dejaría hacer el papel principal? ¡Me lo sé de cabo a rabo!

—No pierda el tiempo en tonterías... — le respondió el galán.

Llegaban al escenario las protestas del público. Wainright miró por el ojo del telón.

—Si no empezamos — dijo el administrador — van a asaltar el teatro.

—Pero... ¿cómo?, si no ha llegado Ana...

Violeta se acercó tímidamente al director de la compañía y le suplicó:

—¡Por favor, señor Wainright! Yo le prometo que acabaré por ser un genio... ¡Palabra de honor! Déjeme representar el papel de Ana...

Y Violeta, muchacha nerviosa, lista, sonreía, como si realmente estuviese ya en el pináculo de la gloria.

—No... no quiero conflictos.

Pero suplicó tanto la chiquilla, y los gritos del

público eran tan amenazadores, que el director acabó por acceder... ¡Bueno, a probarlo!

—Vístase usted en un momento!



—Yo le prometo que acabaré por ser un genio...

Salió Wainright a advertir al público que dentro de cinco minutos comenzaría la función.

Violeta corrió al camerino de la primera actriz, vistióse rápidamente, y se colocó sobre su cabello cortado, una romántica y rizada peluca... Pero al salir... se topó con Ana, la primera actriz...

—¡Me he retrasado, Violeta! —dijo—. He estado

en una juerga... arrebatadora, irresistible... Voy a vestirme...

Desolada, Violeta volvió a quitarse la peluca, y el vestido, y marchó del cuarto... ¡Si Ana hubiese tardado unos minutos, ella hubiera salido a escena! ¿Cuando le llegaría la ocasión de lucirse en un magnífico papel?

Ella tenía que limitarse en el drama a efectuar un papel secundario de criada.

Y comenzó la representación, matizada de incidentes y errores que el buen público amable perdonaba..

El argumento del drama era el siguiente: Se trataba de una mujer bella, irresistible, que lograba entretener con sus coqueterías, en su casa, a un hombre hasta las diez de la noche...

El hombre en cuestión era enemigo del esposo de la bella y se proponía entregar aquella misma noche, antes de las diez, hora en que debía firmarse un contrato comercial, unos documentos que perderían el crédito y el honor del marido...

La dama con sus encantos conseguía que permaneciese allí hasta pasadas las diez, y al sonar esta hora, exclamaba con un arranque vibrante:

—¡Las diez... mi marido está a salvo... Vete... vete... ya no puedes hacer nada contra él!... El contrato a su favor se ha firmado... tus documentos no sirven ya para nada...

El drama, sembrado de truculencias y frases brillantes, obtuvo un éxito magnífico...

Wainright estaba satisfecho... Al día siguiente continuarían su marcha hacia otros pueblos de la comarca...

Y a la nueva mañana, toda la compañía teatral fué a la estación, ocupando un largo vagón de su propiedad que unieron al convoy ferroviario.

Entre los pocos pueblos que habían tenido la suerte de escapar a las "Mujeres irresistibles" se contaba el de Farnham.

En la estación de este pueblo se hallaba cierta tarde un joven, Jimmy Marsh, empleado del Banco de Farnham...

Un factor de la estación acercándose a él, le dijo:

—Me duele verle salir del pueblo. ¡Le ha sucedido algo, Jim?...

—Sí, cosas muy graves... y muy injustas... No me pregunte más...

Y llevando de una mano la maleta continuó paseando por el andén... Estaba verdaderamente desesperado... Habían robado en el Banco de Farnham, y las sospechas recaían sobre él, pues el cajero le acusaba del robo... Para no ser detenido y envuelto en los horrores de un proceso, abandonaba el pueblo, donde había tenido hasta entonces un porvenir, y además, estaba su novia, la hija del director del banco...

Llegó el tren, y Jimmy subió a un vagón contiguo al de los artistas de la compañía Wainright. Con profundo dolor vió que partía el convoy y dió por última vez un adiós a la hermosa tierra donde dejaba tan caros recuerdos...

El tren devoraba kilómetros... Jimmy, aburrido, salió a la plataforma y vió en la del vagón contiguo a una muchacha que gesticulaba y hablaba a grandes gritos:

—¡Sí... sí... ya está salvado... ya vencí... amor mío! — decía.

Y Jimmy, a pesar de su triste situación sonrió, y se acercó a la jovencita.

—¿Es usted alguna actriz? — le preguntó.

—Sí, joven! — dijo Violeta, que ésta era la mu-

chacha—. Estaba ensayando mi papel de la famosa vampiresa en "Mujeres Irresistibles".

—No conozco la obra...

—¡Pues es un papel sencillamente maravilloso!... ¡Sarah Bernhardt me hubiera tenido envidia!

—¡Celebro poder hablar con usted! — dijo Jimmy, que era un ingenuo—. ¡Con las ganas que he tenido yo siempre de conocer a una actriz!

Hablaron, mientras la noche iba extendiendo sus sombras. Jimmy se mostró complacido de conocer a una linda artista... ¡Qué lástima que no pudiesen ir juntos!... Luego se despidió de ella.

Violeta regresó al vagón... ¡Era simpático aquel mozo que había elogiado su arte! Y distraída, fué al compartimiento destinado a cama, y se metió en una de sus divisiones.

Un cómico apareció, furioso, asomando la cabeza, por entre las cortinillas.

—¿Cómo se atreve usted?... ¡Ha de saber que yo soy un hombre... muy serio!

Violeta se excusó humildemente y fué a ocupar su sitio reservado... ¡Con lo contenta que estaba pensando en la gloria de ser actriz!

A la mañana siguiente la plaga de "Mujeres irresistibles" caía sobre el pueblo de Jasper Junction, donde el vagón de los artistas sería desenganchado del resto del tren.

Wainright había sostenido una violenta disputa con el galán de la compañía.

—¡Nada de discusiones! — le dijo—. ¡Se acabó el empleo!

Le pagó su jornal y le expulsó de la compañía. Habían llegado al pueblo de Jasper.

Jimmy, deseoso de volver a ver a la primera ac-

triz, bajó de su coche, contemplando los preparativos de desenganche del vagón.

Deseaba volver a ver a la "estrella" de la compañía...

Vió a Violeta que aparecía en la plataforma con una escoba en la mano.

Ella al contemplar al joven que la miraba sorprendido de que hiciera tales menesteres, dijo riendo a un criado de la compañía, un hombre viejo, encargado también de la limpieza y que estaba en la plataforma:

—Bonitas andan las cosas, cuando nosotras las actrices tenemos que hacer el trabajo de vosotros... los sirvientes.

El criado la miró y sonriente se alejó de allí. ¡Violeta estaba cada día más loca!

Wainright apareció en la plataforma... Y Violeta, después de saludar con un gracioso "Buenos días" a Jimmy, dijo, entregando la escoba al director, creyendo que era el criado...

—Andando, muchacho, a fregar... ¡y de prisa!

—¡Violeta! — rugió una voz.

Volvió ella rápidamente la cabeza y vió al director... La meritaria tuvo que aguantarse para no caer desvanecida...

—Manda este telegrama en cuanto acabes con la limpieza!... — le dijo el hombre furioso.

Y entregándole un papel, volvió a meterse en el vagón...

Violeta bajó del coche y dijo a Jimmy:

—Estaba ensayando el papel de la doncella... ¡y bien que me sienta a mí el hacer de doncella!

El, sonriente, le dijo:

—Sí... pero me parece que estaría muchísimo mejor en el de aquella vampiresa.

Violeta sonreía:

—¡Es verdad! — dijo. — Algún día me verá usted representar aquel papel... ¡No me falta más que la oportunidad! Ahora desgraciadamente no soy más que una meritaria...

Guardaron silencio, y de pronto, ella le dijo:

—¿Y usted no se queda en este pueblo?

—¡Oh, no! — respondió él, melancólico. — Voy más lejos, pero puede decirse que no tengo rumbo... ando buscando trabajo en lo que sea...

Ella iba a despedirse cuando leyó el texto del telegrama que debía enviar:

Empresa Teatral Tom Roney.

Chicago.

Envie inmediatamente galán joven a Fallbrook debe traer vestuario salario dieciocho dólares. Envíe confirmación Jasper Junction.

Orlando Wainright.

Violeta meditó un momento y enseñándole el telegrama a Jimmy, le dijo:

—Aquí hay un empelo que tal vez le convenga...

El sonrió, amargado...

—Yo no sé... no he trabajado nunca...

—¡No importa... yo le ayudaré! — dijo ella, alegramente, feliz de poder tener en la compañía a un mozo tan encantador como aquel.

Apareció Wainright.

—Pero no ha ido usted a poner todavía el telegrama — gritó.

—Es que aquí hay un joven que desearía ocupar ese puesto vacante... — respondió Violeta.

Jimmy sonrió con humildad.

El director le dió una rápida ojeada y como nece-

sitaba inmediatamente los servicios de un galán, le dijo:

—¿Tiene usted mucha práctica?

—Gané un premio de declamación en el Instituto — dijo Jimmy, aturdido, temiendo que no podría desempeñar aquel cargo.

—Haga el favor de probarle — advirtió Violeta... — Haría muy bien su papel en "Corazones triturados".

—Bueno — dijo el director —, le probaremos en el ensayo de esta tarde...

En aquel instante arrancó el tren, y Jimmy comprendió que el destino le enlazaba a unirse a aquella compañía de cómicos... El estaba en tierra, junto al vagón desenganchado. Tal vez sería la mejor manera de olvidar el doloroso incidente del Banco...

Violeta y él fueron aquella tarde a dar una vuelta por el pueblo... En cierto corral donde las gallinas y los cerdos andaban libremente, ella dijo a su nuevo amigo:

—Este lugar es sumamente romántico para ensayar... ¡Verá usted!

Y ante el muchacho que sonreía, ella comenzó a gritar y a mover los brazos.

—Ahora, yo soy su amante — dijo — y usted es el objeto más caro de mis amores... Verá usted qué gran artista soy... Inmediatamente voy a hacer mi entrada... ¡fíjese bien!

Y arrodillándose ante él, comenzó a gritar:

—¡No fallecas, Etelberto!... ¡Luz de mi vida... no te ausentes!

Jimmy la escuchaba, complacido, pero temiendo que viniera un guardia a detenerles.

Después de haberse lucido Violeta con el prodigo

de sus facultades, marcharon al teatro a realizar el ensayo ante el director.

Jimmy no las tenía todas consigo... ¿Triunfaría?

—Esta es la escena culminante de "Corazones triturados" — dijo Violeta —. Yo haré de amante apasionado...

El director ordenó que comenzase la función.

Violeta se tendió en el suelo y a su lado Jimmy comenzó a recitarle las estrofas amorosas, que le dictaba un apuntador.

—¡Amor mío — decía Violeta — llora... a chorros!... Me voy al otro barrio...

—No quiero que partas, idolatrada Salomé — decía Jimmy...

La escena era tan dramática que Jimmy derramaba abundantes y verdaderas lágrimas...

Wainright y los artistas estaban asombrados...

—¡Caramba! — comentó el director —. ¡Esa criatura es un Novelli en bruto! ¡Hay que ver con qué emoción llora!

Y en efecto, Jimmy, lloraba... por los efectos de una cebolla que, con todo disimulo, Violeta exprimía junto a él...

Terminó el drama con el triunfo completo del nuevo actor.

—Voy a darle a usted una buena oportunidad, joven — dijo el director —. Queda usted como primer galán de la compañía...

Y le presentó Ana, la primera actriz, y a todos sus compañeros.

Jimmy estaba contento... Todo se lo debía a Violeta... y a la cebolla... maravilla romántica, folletinesca, que hacía llorar...

Y así fué cómo Jimmy se convirtió en un cómico de la legua...

**

Algunos días después en el pueblo de Farnham, el director del Banco hablaba en su despacho con su hija, Elena.

La muchacha parecía llorar aún la ausencia de su antiguo novio... ¡Era imposible que hubiese cometido un delito!

—Olvida a Jimmy, hija mía y acepta a Jesse Watson... ¡Sería un marido ideal para ti!

—No puedo, padre. El recuerdo de Jimmy está muy hondo en mi alma... Yo no puedo creer que él fuese el culpable del robo.

—Las pruebas le acusaron claramente...

En el despacho contiguo conversaban Jesse Watson, el cajero del Banco de Farnham, y Powell, un amigo suyo.

—Me encuentro en un apuro — le dijo Powell — ...me debes todavía mil dólares y los necesito...

—No los tengo, no puedo dártelos...

—Pues búscalos... Son deudas de juego y hay que pagarlas... — Y mirándole fijamente, agregó:

—Cuando Jimmy Marsh se marchó del pueblo, todo el mundo creyó que había robado cinco mil dólares al banco, ¿verdad?

El cajero se volvió pálido.

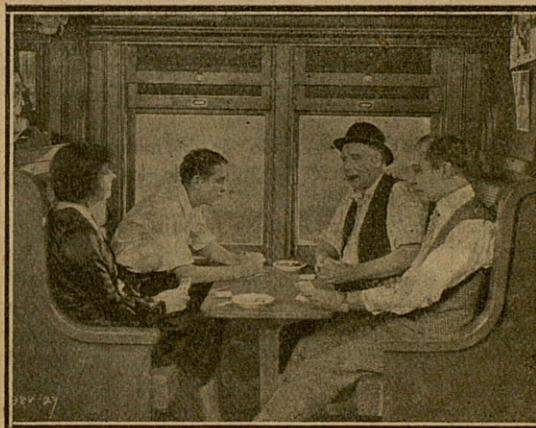
—Pero no es una coincidencia extraña que aquella misma noche me pagases tu deuda de juego, de cinco mil dólares?

—Está demostrada totalmente la culpabilidad de Jimmy — dijo Watson — . Además su huída es una prueba fehaciente...

Iba Powell a replicar, pero llegaron varios clientes de la casa, y la conversación tuvo que interrumpirse.

Pasaron unos días. La célebre compañía de "Las Mujeres Irresistibles" y "Los Corazones Triturados" continuaba sus representaciones por los pueblos de la comarca.

Jimmy representaba como primer galán y tenía un verdadero éxito...



...Jugaban en el vagón a los naipes...

Cierto día, los artistas jugaban en el vagón a los naipes, entreteniendo el ocio de las horas de tren.

Jugaron allí un buen rato y después Violeta, que no abandonaba casi nunca a su querido Jimmy, fué a preparar la comida.

A mediodía todos se sentaron a la mesa devorando con hambre los manjares exquisitos...

Violeta servía los platos y procuraba, con el celo

de enamorada, que Jimmy tuviera siempre las mejores raciones.

Jimmy agradecía con toda su alma los desvelos dulces de aquella humilde artista... Con su bondad y su ternura le hacía llevadera la existencia...

—Jimmy — dijo de pronto el director de la compañía —, he decidido darle una oportunidad para que haga de traidor en "Mujeres Irresistibles".

Un viejo, el barba de la compañía, interrumpió:

—Hablando de traidores, me estoy acordando de cierta historia... Cuando yo trabajaba con Sarah Bernhardt...

Aquel viejo estaba tocado de la manía de grandezas, y al escucharle, la mitad de los artistas se levantaron de la mesa.

—Pues sí... y cuando estaba trabajando con la Re-jane...

Ahora salió el resto de la compañía, dejando solo al vejete que se indignó... ¡Envidiosos, no quieren reconocer las glorias de un compañero!

Violeta salió a la plataforma del vagón, seguida de Jimmy.

—Estoy muy contento, Violeta, mucho — le decía él, olvidando su vida anterior...

—¡Y yo! Desde que usted ha llegado a la compañía, el trabajo me parece más soportable...

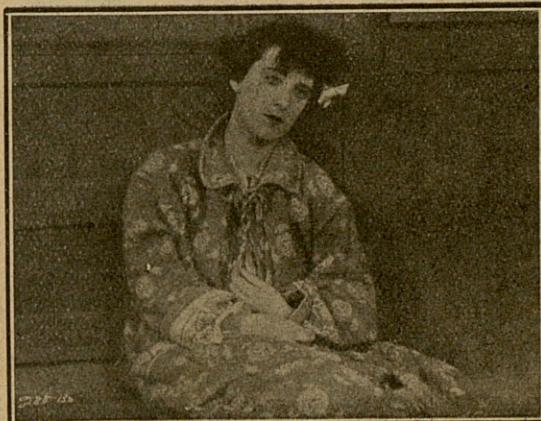
—Oh, Violeta!...

La acarició dulcemente, sin saber si sentía realmente amor por aquella jovencita... pero bajó los brazos, aturdido... No, no la amaba... Recordó a Elena, y con ella, toda la tragedia de Farnham...

Y volvió a su departamento, mientras Violeta quedaba suavemente aturdida, segura de que el joven acabaría por declararle su amor... Y ella le quería también...

Luego se dirigió a la cocina de aquel vagón, especie de hotel ambulante, y comenzó a planchar ropa...

La primera vez que una chica está enamorada, el mundo parece trocarse en una hermosa canción...



...ella le quería también...

pero después la vida parece un disco de gramófono.

Violeta cantaba, feliz:

*Te quiero, mi vida,
Más que al mundo entero.
Tú eres el encanto
de mi corazón...*

Distraída con sus canciones, dejó la plancha sobre la ropa, quemando una camisa...

Pero tranquilamente hizo un ovillo con ella y la

metió en el horno. ¡Qué se acabase de quemar! Y siguió cantando y planchando, alegramente...

A la mañana siguiente el tren se detuvo ante una estación, y el vagón fué desenganchado.

Jimmy se asomó a la ventanilla y contempló con horror el nombre de la estación. Era Farnham, el pueblo de donde él había tenido que marchar, temeroso de que le encarcelaran.

Llamó a Violeta y le dijo:

—No vamos a trabajar en este pueblo, ¿verdad?

—Sí... lo ha decidido el director... Esta misma noche...

Dejóse caer Jimmy desalentado... Violeta le miró apenada.

—Pero, ¿qué tiene? ¿qué le pasa?

—Yo no puedo presentarme en este pueblo — gritó el mozo—. ¡Imposible!

—¿Por qué? ¿Es que este pueblo no es igual que los otros?

—Escúcheme, Violeta... Yo trabajé aquí una vez, en el Banco... y sucedieron ciertas cosas... Me atrajeron un robo que yo no había cometido... ¡Una historia triste!

Ella le contempló, dolorida...

—¡Oh, no vaya usted a creer que yo era el culpable! — continuó diciendo él—. Aun ignoro lo que sucedió... pero yo nunca robé ni un céntimo...

Violeta le dijo con aquella su voz que era una caricia:

—Sea como sea, Jimmy, yo sé que es usted inocente... — le dijo—. Y yo me encargo de que no tenga que trabajar aquí... Mire... Yo diré a Julia, otra artista de la compañía, que trabaje en mi lugar, en mi papel de sirvienta, y entonces...

Los dos siguieron hablando en voz baja, delinean-

do el plan para que Jimmy no tuviera que presentarse ante sus paisanos, poniendo en peligro su libertad.

Aquella noche el beatífico pueblo de Farnham se enfrentaba con las truculencias de las "Mujeres Irresistibles".

El público se apretujaba en el Teatro, dispuesto a gozar de aquellos espectáculos teatrales que de vez en cuando amenizaban la vida aburrida del pueblo. Lo más distinguido de la ciudad invadía la platea...

Como ocurría siempre, los papeles secundarios, insignificantes, eran dados a aficionados de los pueblos que la compañía visitaba.

Aquella vez tres muchachos de Farnham se encargaron de representar el silencioso papel de unos guardias que debían detener al traidor.

Levantóse el telón y Jimmy poco antes de aparecer en escena fingió caer desvanecido. Comenzaba el plan convenido con Violeta.

Violeta, con un supuesto espanto, corrió a llamar al director, que se horrorizó ante el conflicto que se le venía encima...

¡Y tiene que salir a escena dentro de cinco minutos! ¡Qué enorme contrariedad!

En vano quisieron retornarle pero parecía muerto...

Violeta, entonces, propuso al director la urdida trama.

—Déjeme usted hacer ese papel de Jimmy! ¡Yo tengo tipo de hombre! ¡Yo haré ese papel!

—¡Imposible! Sería un descrédito para nosotros!

—¡No, no; lo haremos bien!...

El director, viendo que Jimmy no volvía en sí, accedió al cambio...

Ella cogió unas ropas de hombre y vistióse en un santiámén, saliendo a escena.

Wainright temblaba... ¡Cuántos disparates diría y haría aquella joven en su papel de traidor, de hombre que se deja seducir por las gracias de una mujer hasta la hora en que ya no es posible presentar los documentos comprometedores...

Cometió algunas equivocaciones, pero el buen público perdonó aquellos defectillos a cambio de la gracia de la expresión y de la picardía del gesto de Violeta...

Pasó el primer acto, sin que ocurriera nada de particular... Wainright se hallaba furioso.

—Me temo que en los otros actos haya una alteración del orden público...

—¿Por qué? — dijo ella—. ¡Puede que no haga muy bien los papeles traicioneros... pero ya verá usted cuando haga una parte vampiresca!

Durante el entreacto, Violeta fué al cuarto de su amigo Jimmy que había vuelto en sí de su supuesto desmayo...

—¡Muchas gracias, Violeta, por cuanto hace usted por mí — dijo él—. Atreverse a representar un papel que no es el suyo! ¡Muchas gracias!

—¿Qué no haría por usted? — contestó Violeta—. Celebro que de este modo no le hayan visto en el pueblo... Siento únicamente tener que representar el papel de traidor... ¡me es tan simpático el de la mujer que salva con sus encantos a su marido!

Llamaron de nuevo a escena, y al salir Violeta del camerino de su amigo, uno de los muchachos del pueblo, que habían contratado como comparsa, y que estaba junto a la puerta, vió a Jimmy Marsh, despidiendo a la muchacha...

Asombrado por aquel descubrimiento, corrió a te-

lefonearlo a su amigo y compañero Powell que se hallaba en cierto café jugando con un grupo de amigos, entre los que estaba el cajero del Banco, Watson.

La noticia sorprendió extraordinariamente a Powell que quiso comprobarla por sus propios ojos, dirigiéndose al Teatro.

—Jimmy está en el pueblo, en el Teatro — dijo a Watson—. Tal vez ahora me pagarás los mil dólares que me debes.

Watson, tembloroso, no queriendo dar crédito a la extraña noticia de que Jimmy hubiera regresado, fué con Powell al teatro.

—¡A mí no me engañas! — rugía Watson por el camino—. ¿Quién te dijo que Jimmy estaba en el teatro?

—Esto no debe importarte... Pero tal vez cuando le veas te decidas a pagarme los mil dólares... Hablaré con Jimmy si ha llegado... y me los pagarás...

Los dos hombres llegaron al teatro. Jerry se acercó a ellos y les aseguró que Jimmy se encontraba en uno de los camerinos, y que se había puesto enfermo aquella noche.

Se estaba desarrollando el segundo acto. Violeta, la angelical y bella Violeta, en su papel de traidor, estaba insuperablemente... mal... La gente reía de buena gana sus equivocaciones de concepto y de gesto...

Powell y Watson paseaban nerviosos, en silencio, deseando el primero ver a Jimmy, y dudando el otro de que fuera verdad aquel retorno.

Jimmy, aburrido de permanecer en su camerino, salió de él. Le diría al director que se encontraba ya bastante bien, pero no en disposición todavía de salir a escena.

Al verle, los dos hombres se ocultaron... ¡Era él! Ya no había la menor duda! Una sonrisa triunfal se

dibujó en los labios de Powell y contempló a su amigo que estaba anonadado.

Jimmy volvió a meterse en su cuarto... Repentinamente tuvo miedo de que le obligaran a representar el tercer acto; era preferible quedarse en la habitación. Y no acertó a ver el espionaje de su antiguo compañero de oficina y de Powell.

Había terminado el segundo acto... Violeta había vuelto al camerino de Jimmy. ¡Faltaba únicamente el tercer acto... y el conflicto estaba salvado! Al día siguiente, mejor dicho, aquel mismo amanecer, la compañía partiría para otro pueblo.

Después de permanecer un rato con Jimmy, marchó, pues llamaban a escena. Y al cruzar un pasillo llegó hasta Violeta la conversación que dos hombres sostenían tras una cortina. Escuchó con atención...

—Es necesario que me traigas inmediatamente los mil dólares — decía una voz—. Tú sabes bien que tengo pruebas suficientes para rehabilitar a Jimmy Marsh y castigar al verdadero autor...

El corazón de Violeta dió un vuelco... ¡Ah, comprendió, con una luz meridiana, que hablaban de lo ocurrido en el Banco!... ¡Y aquellos hombres sabían el modo de que Jimmy fuese declarado inocente!

—Espera aquí, Watson — dijo otra voz... ya vencida por la fuerza de las circunstancias—. Dentro de diez minutos volveré con el dinero.

Violeta se apartó al ver pasar a los dos hombres...

Y con el alma inquieta por aquellas palabras en que parecía jugarse el destino de su amigo, tuvo que volver a las tablas, a representar su papel de traidor.

Watson había salido para ir a buscar el dinero, y Powell esperaba entre bastidores aquella cantidad... ¡Admirable! Iba servirle el regreso de Jimmy para cobrar los mil dólares... Pero ¿cómo era posible que

se encontrase allí, haciendo de cómico, el supuesto ladrón?

Tentado estuvo Powell de ir a verlo en el camerino, pero temió que se produjese un escándalo. ¡Era preferible para todos el silencio en aquel asunto!

Luego meditó sobre si sería peligroso que Watson le entregase allí el dinero... ¿No podrían llamar en el teatro la atención? Tomó la resolución inmediata de marcharse y esperarle en otro sitio.

Escribió en un papel esta carta:

He tenido que salir repentinamente. Trae el dinero al garage de Nick antes de las doce. Si no lo haces denunciaré la estratagema en que envolviste a Jimmy Marsh.

T. P.

Entregó la carta a un empleado rogándole que cuando volviera Watson se la diera.

Salió precipitadamente de allí...

En el escenario continuaba desarrollándose "Las Mujeres Irresistibles".

Violeta, convertida en traidor, vestida de hombre, parecía ceder a las insinuaciones de Ana, la primera actriz que ponía sus coqueteos al servicio de la libertad de su marido. Ella tenía por misión retenerle allí una hora, y de este modo el esposo estaba salvado.

Ana encendió unas pastillas de incienso, perfumando el escenario.

—¡Qué mareo siento! — decía Violeta—. ¡Mejor será que llame a un médico!

Pero Ana contestaba envolviéndole en su caricia:

—Tal vez no sea mareo... ¿quién sabe si será amor?

Debería seguir la escena de seducción, hasta que de pronto el traidor tenía que recibir una carta, insistiéndole para que abandonase inmediatamente la casa de aquella mujer y fuese a entregar los comprometedores documentos.

Pero todo andaba desquiciado aquella noche.

Un criado se preparó para salir a escena a entregar la carta. Pero no teniendo en aquel instante ningún papel disponible, cogió de manos de un empleado la carta que Powell había entregado poco antes para Watson.

—¡Eh, he, señor, que ésta es carta particular! — le dijo el empleado.

—Se la devolveré después de terminada la función. No encuentro ahora ningún sobre.

Y salió a escena, dando a Violeta el mensaje...

Violeta, tranquilamente, rasgó el sobre y leyó aquellas líneas que le causaron una impresión inmensa.

...traiga el dinero al garaje de Nick... Si no lo hace, denunciaré la estratagema en que envolviste Jimmy Marsh...

La joven se turbó olvidando en un instante su papel de traidor para pensar en lo que la realidad le separaba. ¡Oh, era preciso rehabilitar, hacer algo para salvar el nombre inocente de Jimmy! Ligó íntimamente aquella carta, llegada a ella de modo extraño, con la conversación que había escuchado antes.

Por fortuna "Las Mujeres Irresistibles" tocaba ya a su fin...

Violeta echó la carta en un cesto y luego se dejó caer en un diván, siguiendo el desarrollo de la función... Ana le seducía impidiéndole que la abandonara por nada del mundo...

La diablesa seguía acariciándole suavemente hasta

que de pronto dieron las diez, y Ana se levantó con una explosión de triunfo:

—¡Las diez!... ¡Traidor... mi amor se salvará! — dijo —. Ahora aunque quieras perderle, ya no podrás hacerlo... ¡Es demasiado tarde!

La función terminaba desesperándose el traidor y marchando la heroína, llena de belleza, al encuentro de su esposo.

Bajaron el telón entre los aplausos del público... Violeta había estado bastante bien... Al salir la felicitó Wainright...

Pero ella, tenía el pensamiento fijo en aquella carta que le hablaba claramente de un complot.

Fué al cesto a recogerla, pero antes que ella pudiera poner la mano, ya el empleado al que se le había confiado, se apoderó, lanzando una mirada de desprecio a Violeta, y fué a entregarla a Watson que la esperaba impaciente.

Watson se había retrasado para buscar los mil dólares, y ahora la ausencia de Powell le inquietaba... ¿Habría ido aquel hombre a denunciarle?

Por suerte, aquella carta le hizo dar un suspiro de alivio... La leyó y se dispuso a marchar a aquella dirección. El empleado le entretuvo dándole amplias satisfacciones por haber sido abierta... ¡Pero... nadie la había leído, señor!...

Violeta había visto que aquel desconocido leía la carta... Todo lo comprendió... La carta lo decía... Si a las doce aquel hombre no estaba en un sitio convenido, Jimmy sería rehabilitado...

Reconoció a Watson como a uno de los hombres que había hablado de Jimmy poco antes... Debía ser, pues, uno de los que perdieron a su camarada...

Era preciso hacer algo por Jimmy, sacrificarse por aquel muchacho que estaría escondido en su ca-

merino, lleno de la humillación de una vergüenza que no se merecía...

Violeta quería a Jimmy... le amaba con toda la ilusión de su juventud de huérfana sin un verdadero cariño...

Se acordó de pronto del drama que acababan de representar... También en él, una mujer salva a su amor contra un hombre, reteniéndole hasta una hora convenida.

Violeta era rápida en sus decisiones. Despojóse en el acto de su traje, vistióse un elegante vestido que pertenecía a la primera actriz, y se lanzó a la calle...

**

Esperó ante el teatro a que saliese Watson. Este se había despedido del empleado que le diera amplias explicaciones...

La muchacha esperó impaciente y no tardó en aparecer el hombre que iba, seguramente, lo sospechaba Violeta, a pagar aquel dinero, impidiendo así la rehabilitación de Jimmy.

Watson subió a su automóvil, y cuando éste iba a arrancar, Violeta, decidida, se tiró contra el coche, cayendo, junto a las ruedas.

El hombre frenó rápidamente y descendió del auto y fué en auxilio de la joven.

La muchacha parecía haberse desvanecido. El la tomó en brazos, subiéndola al automóvil. La contempló un instante a la suave luz de las estrellas, y le pareció una criatura encantadora.

A aquella hora las farmacias estaban cerradas y ¿cómo iba a dejarla en mitad del arroyo?

Watson vivía cerca del teatro, y condujo a Violeta hasta su casa.

Procuraría retornarla en un instante y él marcharía luego al garage a entregar los mil dólares a Powell.

Una inmensa alegría experimentó Violeta al verse tendida en el diván... Sí, era menester impedir que aquel hombre se marchara, y como en el drama de "Las mujeres Irresistibles" también una joven salvaría a su amor, entreteniendo al que podía causarle daño.

Watson le dió a oler unas sales y ella volvió en sí. —¡Qué mareo siento! — dijo repitiendo las palabras del drama—. ¿Dónde estoy?

—Yo tengo que marcharme ahora mismo... señorita. Ya volveré después por usted... Si quiere iré en busca de un médico...

—¡Oh, no se vaya! — dijo Violeta, levantándose y abrazándose súbitamente a él—. Tal vez no sea mareo... ¡quién sabe si será amor!

Watson la contemplaba con extrañeza... Pero... ¿qué era aquella criatura? Lástima que tuviera él que marcharse!... No parecía presentarse del todo mal dispuesta...

El joven pensó en aquellos mil dólares que llevaba en el bolsillo y vió con horror que se acercaba la hora de las doce... Telefonearía a Powell rogándole esperara hasta el día siguiente... Tenía ahora un compromiso incluyente...

Pero cuando él fué a coger el aparato, Violeta pareció ser víctima de un nuevo desmayo, y Watson tuvo que volver en su auxilio.

Ella volvió poco a poco en sí.

—Es verdad — dijo —, no me cabe duda de que es amor lo que yo tengo... ¡Oh, ha sido usted tan

caballeroso conmigo... tanto!... ¡Permitame que le abrace!...

Y le estrechó en sus brazos con verdadera audacia...

—Señora — dijo Watson, indignado—, no tengo tiempo de bromear... Me espera un asunto urgentísimo... y no puedo demorarlo... Luego volveré y hablemos...



—Yo tengo que marcharme ahora mismo...

Quiso huir, pero ella le cogió, suplicante:

—¡No se vaya... quédese usted conmigo!...

—¡Si me quiere algún bien déjeme!... ¡Si no me marcho, labro mi ruina, señora!...

Eran ya casi las doce... Violeta miraba con alegría el avance rápido del reloj... Faltaba ya poco tiempo...

El quiso huir, pero Violeta le agarró por la ame-

ricana con tal fuerza que al pretender Watson marcharse, quedó la prenda en las manos de la joven.

Entonces, Violeta le cubrió la cabeza con la americana, le obligó a sentarse en una silla.

—¡Déjeme... déjeme... señora! — gimió Watson. En aquel momento llamaron al teléfono. Violeta



—¡No se vaya... quédese usted conmigo!

con una mano sostuvo el aparato, mientras con la otra sujetaba la cabeza del hombre.

Llamaba Powell y decía:

—Son ya las doce... ¿Está Watson?... Si no paga, le denuncio...

—Dice que no quiere pagar ese dinero — contestó Violeta...

Y volvió a dejar el aparato, y cortó el cordón te-

lefónico... Watson luchaba furioso, pretendiendo librarse de la ropa.

Dieron las doce y Violeta dijo entonces con un gesto de triunfo:

—¡Las doce! ¡Mi amor está salvado!

Había obrado como en "Las mujeres irresistibles"...

Dejó a Watson y abandonó corriendo el piso... Cuando el cajero se levantó, quitándose la americana de la cabeza, ya la muchacha había desaparecido.

—¿Quién habrá telefoneado? — se dijo —. ¿Dónde está esa mujer? ¿Qué ha dicho de dinero? ¡Ah, voy a llamar inmediatamente a Powell!...

Quiso telefonear y vió con sorpresa que los hilos estaban cortados.

Una indignación enorme le crispó los nervios... ¡Vendido... había sido vendido! ¡Aquella mujer le había obligado a permanecer allí, impidiéndole cumplir su deuda!

Mientras tanto, Powell, furioso por la supuesta negativa de Watson a pagar la deuda, cumplía su amenaza.

Telefoneaba al director del Banco y le decía:

—Yo soy Powell. Watson es quien robó el dinero del Banco... Pueden detenerlo en su casa... Jimmy Marsh es inocente... si quieren verlo, forma parte de la compañía de Wainright...

Una emoción indescriptible se apoderó del director y de su hija... Montaron en un automóvil y se dirigieron al teatro en busca de Jimmy...

La compañía había ya salido y les advirtieron que probablemente se encontraría aún en la estación, pues marchaba aquella misma noche...

Elena se dirigió a la estación, mientras su padre

iba a la comisaría para que se procediese a la detención del cajero.

El tren partiría dentro de poco. Jimmy, que estaba nervioso por la extraña ausencia de Violeta, vió llegar, emocionada, a su novia Elena...



—¡Las doce! ¡Mi amor está salvado!

—¿Tú aquí? ¿Cómo es posible?... — dijo.

—Jimmy — respondió ella, emocionada —. Siempre he creído en ti... ¡Acaban de telefonearnos que tú no eras el culpable, sino Watson!... Y mi padre ha ido para que le detengan...

Una alegría inmensa invadió a Jimmy.

—¿Veré resplandecer por fin mi inocencia? ¿Y a quién debo esa felicidad?

—¡Powell lo ha dicho... y yo siempre había esperado esto! — añadió Elena.

Jimmy miró a los ojos de aquella linda mujer que le traía tan buena nueva y estuvo a punto de besaría.

Elena era su primera novia, la muchacha que amaba sobre todas las cosas... Y siguió hablando con ella con la alegría de recobrar el buen nombre perdido, la consideración social, la novia amada, todo...

Violeta había ido a pie a la estación. Andaba contenta, satisfecha de que Jimmy estuviera ya rehabilitado... ¡Pensaba en la alegría que tendría él cuando supiese el acontecimiento!

Llegó al andén y vió junto al vagón a Jimmy que hablaba con una mujer. Miró extrañada a la desconocida... El joven sonrió al verla llegar. Y luego ella, dirigiéndose a Jimmy, le dijo con vehemente amor:

—¿Y ese asunto del Banco, Jimmy, cómo va?

Quería proporcionarle aquella ventura, pero él le respondió, casi indiferente.

—Nada hay que temer, Violeta!... Tengo ciertas pruebas que pondrán en claro mi inocencia... Soy ya libre... Elena me lo ha comunicado...

Una gran tristeza se apoderó de Violeta... Bajó los ojos, humilde, avergonzada, sin atreverse a decir que ella era la que había rehabilitado su honradez.

—Violeta — le explicó él—, Watson es el ladrón y yo voy a quedarme aquí... a triunfar en mis negocios bancarios, en tanto tú te labras un nombre prominente en la escena...

Violeta no pudo contener las lágrimas...

—Esta señorita... ¿quién es? — preguntó entre sollozos.

—¡Es Elena, mi novia, la hija del banquero! — dijo—. Elena, te presento a Violeta, una muchacha que fué muy buena para mí...

Las dos mujeres se saludaron, pero las lágrimas más ardientes salían de los ojos de Violeta...

¡Y para eso había ella realizado aquel sacrificio, aquella buena acción, para que aquel hombre la dejara! ¡Rehabilitado, se casaba con la otra!... Ella misma le había llevado a sus brazos de un modo inconsciente, que no hubiera sospechado jamás. Y ella que pensó que Jimmy la amaba. ¡Qué desilusión!

Pitó el tren... Iba a marchar... Violeta subió al estribo...

Jimmy la cogió la mano, reconocido, ignorando todo lo que había hecho aquella mujercita por él, sin saber que si era completamente libre se lo debía a ella... a la sacrificada silenciosa, a la mujer santa y pura.

—Adiós, Violeta! — dijo—. Sé feliz... Animo... todavía llegará algún día en que hagas tu papel de vampiresa...

Ella no respondió... pensando que ya lo había representado... para salvar a aquel hombre que la abandonaba, uniéndose con la otra, sin sospechar el inmenso amor que sentía en el corazón de Violeta.

El tren comenzó su marcha... Ella con un pañuelo dijo adiós a su Jimmy, al hombre que había sido toda su vida, y que ahora quedaba allá con su novia...

Luego, cuando el tren salió de la estación, Violeta lloró desesperadamente...

**

Aquella misma noche la policía detenía a Watson, quien confesó su delito...

Jimmy fué rehabilitado, obtuvo de nuevo el cargo de confianza en el Banco y se casó con Elena...

Alguna que otra vez se acordaba de aquella Violeta amable que había sido tan buena para él... ¡Pero nunca sabría todo lo que había hecho la cómica por salvarle!

Violeta seguía su vida de soledad, de aburrimiento entre los cómicos... Y llevaba dentro una muerte: la de su corazón que no volvería a sentir amor por nadie, después de aquella aventura triste de su juventud.

FIN

Próximo número:

La interesante novela

Bailarinas con taxímetro

Por JOAN CRAWFORD y OWEN MOORE

Producción METRO-GOLDWYN

No deje de adquirir el libro que publica

El Séptimo Cielo *Ediciones Especiales*

la conmovedora película, interpretada por
Janet Gaynor y Charles Farrell.

